

Ana y San Baudelio

Callejear por una ciudad como León en compañía de Javier Carvajal es todo un privilegio. Nadie como él para desentrañar itinerarios por el Barrio Húmedo; la sustancia especial de los cortos de cerveza que sirven en la concurrida barra de El flechazo, con unas patatas picantes de recuerdo imborrable; las tiendas, los viejos escaparates; anécdotas y experiencias de su infancia y juventud; los distintos rincones que él envuelve con ensoñaciones y abundantes citas... Mención aparte merece el gustazo de escuchar su personal versión de todos los hechos y circunstancias que convirtieron al célebre pellejero Genarín en el Santo Patrón de la numerosa cofradía de devotos, fieles al orujo y al disfrute de la buena vida. Javier no puede contar, de viva voz y con su estilo estremecedor, esta historia a todo el mundo, de forma que los interesados pueden recurrir al libro de Julio Llamazares *El entierro de Genarín / Evangelio apócrifo del último heterodoxo español*, de lectura obligada y urgente para aquellos que aún creen en la posibilidad del suceso extraordinario, sin parentesco alguno con las tonterías habituales de significado paranormal.

El caso es que andábamos por León, nos había convocado allí la empresa ASITEJ y debíamos intervenir en un pequeño ciclo de ponencias en torno a la animación lectora, cuando Javier se detuvo junto a la muralla del casco antiguo y dijo: “Propongo que de vuelta a Valencia nos desviemos hasta la provincia de Burgos para visitar la iglesia visigoda de Quintanilla de las Viñas. Merece la

pena”. Este hombre, Javier, lo conoce todo, sabe dónde está todo y cualquier recomendación suya debe ser tenida en cuenta porque nunca jamás defrauda.

Las últimas sesiones del ciclo fueron compartidas con Ana Pelegrín, recién llegada a León; aportaba al programa, que se iba desarrollando sin novedad pero con escaso público, su sabiduría y buen hacer. Siempre aprenderemos de ella. Sin duda, se puede llegar a conocer muy bien a Ana a través de la información suministrada por Carvajal. Ellos dos mantienen una estupenda amistad, basada en la mutua admiración, que viene de unas cuantas décadas atrás. Una vez finalizado el trabajo y después de la cena, aprovechamos la tertulia para hablar de las actividades propias de cada cual y, de paso, unificar criterios sobre el succulento tema de lo bonita que es la vida. Terminamos comentando nuestras diferentes rutas de regreso a casa: Ana volvía en tren a Madrid y nosotros a Valencia en el coche de Javier. Siempre que nos movemos juntos vamos con su Opel Vectra y, además, conduce él. En ese punto de la conversación, surge la ocurrencia de alargar nuestro desvío para acercarnos a la ermita de San Baudelio de Berlanga. Ya conocíamos sobradamente el lugar; pero aquel monumento prerrománico del siglo XI puede ser visitado una y otra vez sin que el espectador pierda el efecto sorpresa, tal es su poder de sugestión. Mientras nosotros nos enzarzamos en un prolongado intercambio de comentarios fabulosos sobre aquel sitio, Ana permanece callada y atenta. De pronto interviene



Ana Pelegrín junto a la iglesia de Santa María de Quintanilla de las Viñas

con estas palabras exactas: “Veamos... ¿Ustedes no estarán tratando de decirme que piensan ir a San Baudelio de Berlanga, en el suroeste de la provincia de Soria, sin que yo les acompañe?”. Entonces supimos que Ana no había visitado la ermita de San Baudelio, aunque sí sabía de ella por los hermosos versos de Gerardo Diego. Sin esfuerzo y gracias a su fantástica facilidad, comenzó a recitar de memoria:

—Que no.

—Sí, madre que sí.

Que yo los vi.

Cuatro elefantes

a la sombra de una palma.

[...]

Toda la luz se ha vuelto disciplina
y arquitectura un sueño de palmera.

Sueña que en una tienda de frontera
abre su alma a proporción divina.

Acto seguido manifestó claramente su deseo de incorporarse a nuestro itinerario de vuelta. Se había encontrado con la oportuni-

dad perfecta, la ocasión de averiguar *in situ* todo aquel inquietante asunto de palmeras y elefantes en Soria. Actuaba con el mismo interés del detective aplicado, dispuesto a develar misterios. La voz del poeta ya era patrimonio propio, pero también sentía la necesidad imperiosa de atesorar miradas, deleitarse en el motivo, contemplar, percibir imágenes y sensaciones.

Al día siguiente, nos pusimos en marcha muy pronto para intentar llegar lo antes posible a Mambriillas de Lara, el pueblecito próximo al santuario de Santa María de Quintanilla de las Viñas, monumento admirable, de gran valor arquitectónico interior y con la singularidad de un aspecto exterior riquísimo. La sillería, de perfecto trazado, presenta tres hileras de círculos esculpidos. Los círculos contienen aves, canes, motivos decorativos y anagramas. Mientras hacemos fotografías, Javier se pone serio y afirma: “En España existen cuatro iglesias visigodas que no hay que perderse por ningún motivo. Las cuatro son del siglo VII y una de ellas es ésta”. A continuación añade un breve perfil

histórico y concluye su exposición con el listado de las otras tres: “San Pedro de la Nave en El Campillo (noroeste de Zamora; trasladada a tres kilómetros de su antiguo emplazamiento, en la actualidad inundado por una presa) con tres capiteles de mucho cuidado; San Juan de Baños de Cerrato (Palencia); y Santa Comba de Bande (Ourense)”. Ana escucha sin perder detalle, va y viene disfrutando del austero paisaje, aprovecha la pureza del aire...

El trayecto hasta Burgo de Osma, parada para almorzar incluida, se convierte en una combinación de conversación amena y observaciones naturalistas: chorretones blancos que destacan del oscuro roquedal, indicadores de buitreras; impresionantes ruinas y murallas que nos sorprenden al paso; el color cambiante de la tierra y la vegetación... Dejando atrás Berlanga de Duero y la fortaleza de Gormaz, llegamos por fin a San Baudelio o Baudilio.

La ermita consta de dos cuerpos rectangulares, pero vista con suficiente distancia aparenta un cubo. Geometría sencilla sobre la superficie desnuda del páramo... Ana apunta: “Mira Javier, es el volumen básico del que tú sacas tanto partido. Forma exterior como contenedor de sorpresas en tus trabajos. La forma elemental, las tres dimensiones puestas al servicio de la imaginación”. Nadie puede sospechar lo que aguarda tras la puerta del espacio geométrico. Pasamos al interior y admiramos el elemento sustentador del precioso tinglado: una gruesa columna que vertebrata la estructura y se comporta abriéndose arriba, de forma semejante a como lo hacen las ramas de una palmera. Invención genial, hallazgo que soporta el peso total de la techumbre. Siglo XI. Una maravilla. La decoración fue arrancada, fragmentada y vendida; quedan restos policromos de las pinturas al fresco originales, algo por aquí y por allá que se adivina, huellas, rastros y sombras estremecedoras. Ana vuelve a los versos de Gerardo Diego, que allí mismo, ante la barbaridad consumada, adquieren todo su significado:

—Fue sólo un sueño, hijo mío.
—Que no, que estaban allí,
yo los vi
los elefantes.
Ya no están y estaban antes.

Momentos de gran belleza, inolvidables. (Tiempo después, Ana pidió a Javier un *ex-libris* en el que figurase el dibujo de una palmera).

El resto del viaje coincidió con la puesta de sol llegando a Medinaceli. Después, la A-2 para dejar a Ana en Madrid. Más conversación: “¡Qué bien lo pasamos en aquella presentación tan divertida de *El pie frito!* ¿Fue en la biblioteca de Villena?...”. Te estoy muy agradecido, Ana, por bajar desde Madrid hasta casi Alicante para compartir la fiesta y estar entre nosotros”. Javier recuerda: “El lugar era perfecto, con la Venta del Gitano tan cerca y aquel individuo que apareció con una sartén usada por el bandido para cocinar gazpachos”. “¡Pues no sabéis lo mejor! En El Pinós, un grupo de danzas puso música a las aleluyas y no podéis imaginar lo bien que funcionaban con acompañamiento de instrumentos tradicionales acoplados al ritmo del ra-ca-ra-ca de la botella de anís frotada con un palito.” La cultura popular, las estampas y aleluyas. El amor compartido por los viejos grabados... Ya entramos en Madrid. Lío. Javier sigue conduciendo y me dirige una pregunta: “A propósito... ¿Cuándo vamos a realizar aquel viaje que planeamos hace años? ¿No se trataba de cruzar Francia?”. En efecto, él recordaba un proyecto aplazado continuamente, pero que tendremos que retomar tarde o temprano: alcanzar la frontera con Suiza para dedicar unos días a la “imagerie Pellerain” en Épinal, la factoría francesa de estampas populares. Estampas que alcanzan la consideración de señas de identidad en el país vecino. Javier añade: “Eso tenemos que hacerlo, Miguel”. Ana permanece callada y atenta. De pronto interviene con estas palabras exactas: “Veamos... ¿Ustedes no estarán tratando de decirme que piensan ir a Épinal, en la comarca francesa de Los Vosgos, sin que yo les acompañe?”. ☒

Miguel Calatayud

Ilustrador en el que distintos mundos rotan en un universo propio. El mito y el jazz, la imaginaria popular y la vanguardia, el cartel, el cómic y el libro infantil confluyen en una propuesta estética que evoluciona en una constante reelaboración y búsqueda. Entre sus últimos libros cabe destacar: *La diosa sumergida* (Disbook), *El pie frito* (Edicions de Ponent), *El bosque de mi abecedario* de Pedro Villar (Diálogo) y *El mundo al revés* (Media Vaca).